

80N PREMIO  
NADAL  
2024



# Bajo tierra seca César Pérez Gellida



DESTINO

Bajo  
tierra  
seca

César  
Pérez  
Gellida

Premio Nadal de Novela 2024

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1630

# El hombre de la cicatriz

*Estación de ferrocarril de Zafra  
Provincia de Badajoz  
17 de abril de 1917, a las 9.56*

Lo intenta, pero no logra que desaparezcan esos chillidos que se reproducen dentro de su cabeza. Tan agudos, tan estridentes, tan desesperados.

Le atormentan.

El hombre de la cicatriz en el rostro hace todo lo posible para no escucharlos, pero los oye como si fueran parte de su banda sonora vital. Tiene asumido que esos gritos le van a perseguir hasta el fin de sus días y, a pesar de ello, lo que le empuja a pensar que le convendría arrojarse a las vías del tren no es eso. Es tener la certeza de que si ella se lo pidiera de nuevo, volvería a hacerlo sin dudarlo.

Volvería a matar a sangre fría.

Volvería a desmembrar un cuerpo.

Volvería a alimentar a los marranos con su carne.

Como un animal salvaje enjaulado, el hombre de la cicatriz en el rostro camina de un lado a otro sin levantar la mirada de las desgastadas puntas de sus zapatos. Un mono azul de faena abierto hasta el pecho sobre una camiseta de tirantes que un día fue blanca y una gorra de obrero estajanovista completan su atuendo. Tanto de su aspecto como de su complejión física podría decirse que,

si bien en sus años mozos podía presumir de ser un tipo apuesto, hoy día no hay mujer en edad de merecer que se fije en él.

Al margen de su alterado comportamiento y de la crispación que se ha apoderado de sus músculos faciales, ninguna de las personas con las que se cruza en ese andén sospecharía que Jacinto Padilla es un tipo peligroso. Ninguna excepto el guardia civil Pedro Lobato, a quien todos en el cuartel conocen como «Lobito» por su actitud arrogante, conducta que para nada se corresponde con sus seráficas facciones. No son, sin embargo, su vestimenta ni el feo surco que le cruza la mejilla izquierda de norte a sur lo que llama la atención del guardia. Tampoco su frenético ir y venir, más propio de un padre primerizo que de alguien que aguarda la llegada del tren. Es la bolsa de viaje que carga lo que le ha hecho fruncir el ceño y dar un leve codazo a su barbarrucio compañero, el cabo Aguado, quien, distraído en otros menesteres más mundanos —como alegrarse la mañana con las viajeras más atrevidas en el vestir—, chasquea la lengua en señal de protesta.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado, muchacho?

—Aquel —le señala con un fugaz movimiento de cabeza—. Eso que lleva no es suyo.

El otro entorna los ojos para mejorar el enfoque.

—¿El obrero?

—Sí.

A Román Aguado le fastidia tener que darle la razón a su inexperto camarada, pero, tras unos segundos de observación, resuelve que, tanto por su apariencia como por el argumento que esgrime Lobito, se requiere una intervención.

—Sígueme —le ordena colgándose al hombro la Remington, una carabina que, igual que él, cuenta con más de veinte años de servicio.

Padilla se sobresalta cuando Aguado posa la mano en su hombro.

—Buen día, caballero, ¿adónde se dirige?

El interpelado los mira con notable desdén antes de contestar.

—Estoy esperando a alguien.

—¿A quién?, si puede saberse.

—No es asunto suyo —zanja, arisco.

Lobito, en la retaguardia, da un paso al frente, pero es Aguado quien le cierra el paso con su oronda humanidad, y se mesa el mostacho nunca recortado.

—Mal empezamos. Documentación.

Contrariado, el hombre de la cicatriz en el rostro busca su cédula personal en el bolsillo trasero del pantalón sin soltar la bolsa, detalle que no se les escapa a los guardias. El cabo Aguado consiente que sea Lobito quien la compruebe, como si él no estuviera para tareas menores.

—Padilla Sánchez, Jacinto. De Baena, ¿eh? ¿Y qué hace tan lejos de casa en este día tan soleado? —indaga Lobito.

—Trabajo por aquí.

—Dónde.

—Por aquí cerca.

Tirando de veteranía, Aguado le golpea en el pecho con el dorso de la mano.

—¡Déjese de misterios de una vez! ¡¿Dónde demonios trabaja?!

—¡Soy el capataz de la hacienda Monterro...!

Jacinto Padilla no termina la frase. Los guardias se miran al oír el nombre que está en boca de todos después del incendio que la madrugada anterior ha devastado una de las propiedades más conocidas de la comarca, y no por su extensión o riqueza, sino por quién está al frente de ella.

Román Aguado es el primero en reaccionar alargando el brazo con la intención de agarrar al sospechoso de la solapa, pero este responde con un rápido puñetazo antes de lanzarse a las vías y cruzarlas bajo la atónita mira-

da de los presentes. Una mujer grita al tiempo que señala la locomotora del tren que está entrando en la estación. Lobito amaga con perseguir a Padilla, pero se decanta por atender a su compañero, que, rodilla en tierra, intenta recuperar el aliento.

—¡Ve tras él, majadero! —le recrimina Aguado.

Cuando Padilla oye: «Alto a la Guardia Civil», no tiene ni idea de hacia dónde le conviene ir, pero sí tiene claro que no va a detenerse. Dos posibilidades se le plantean: seguir corriendo hacia la tapia que rodea la estación, saltarla y tratar de despistar a su perseguidor en el entramado de callejuelas; o bien colarse en el almacén abandonado de la izquierda y buscar el modo de sorprenderle y anularle. El problema radica en que saltar el muro le obligaría a desprenderse de la bolsa por unos instantes, opción que descarta de inmediato. Una ventana sin vidrio se convierte en una invitación irrechazable a entrar en el edificio.

Lobito, que lo ha visto entrar, desenfunda su revólver y lo amartilla antes de echar un vistazo sin asomar demasiado la cabeza. Dentro, la penumbra reinante parece luchar contra las zonas iluminadas por los rayos de sol que se filtran a través de las muchas imperfecciones de la cubierta. El descenso de temperatura es lo primero que nota el guardia civil al poner las botas en el suelo, cubierto por una fina capa de polvo sobre la que se han impreso las huellas del calzado de Padilla. Se asusta al oír el aleteo de las aves que han convertido la estructura en su hogar, pero, decidido a no desperdiciar la oportunidad de demostrar su valía, suelta el aire que ha retenido en los pulmones y emprende la marcha. La atmósfera que impera en la nave le recuerda al gallinero de su tía abuela Vicenta, a la que atiende cada mañana antes de presentarse en el puesto. Hay días, como hoy, en que la suerte le sonrío y ha podido hincar el tenedor en unas migas que sobraron de la cena, y, quizá distraído en las reminiscencias del ajo, el

pimentón y la panceta que aún permanecen en el paladar, Lobito no se percata de un movimiento que se produce a su espalda. Cuando su vista detecta el objeto que se aproxima a su cabeza ya es demasiado tarde para esquivarlo. El ladrillazo lo aturde, pero es el golpe que recibe en la entrepierna lo que le hace soltar el arma y caer a plomo con la boca abierta. Acurrucado en posición fetal, logra evitar los daños severos que las primeras patadas le habrían provocado en la cabeza, no así los causados por las tres siguientes, en el estómago y el bajo vientre. Lo último que recordará el guardia civil Pedro Lobato, alias Lobito, será que las migas recorrieron el mismo camino pero en sentido contrario antes de salir de su boca. Contagiado por el olor a vómito, Jacinto Padilla no puede evitar que las náuseas y las arcadas lo sacudan, y se aparta para no vomitar sobre el rubio cabello del muchacho al que acaba de dejar inconsciente, lo cual es cuando menos paradójico, dado que ha sido capaz de consumir sin inmutarse actos que harían palidecer a cualquier ser humano.

Tras recoger el revólver del suelo y guardarlo en la bolsa de viaje, que no piensa soltar, emprende la carrera hacia la puerta corredera que ha localizado en la esquina opuesta. Al llegar, agarra con ambas manos el asa metálica y utiliza el peso de su cuerpo para tirar de ella. No sin esfuerzo, consigue que ceda lo suficiente como para pasar al otro lado. Sin embargo, por esa rendija se cuela la culata de una Remington que impacta con extrema violencia en la boca de Padilla, provocando que pierda la verticalidad. De espaldas en el suelo, dolorido, introduce la mano en la bolsa buscando el arma, pero el cañón que le apunta a la cara le disuade.

—Yo en tu lugar no lo haría, piojoso.

Rendido a la evidencia, Jacinto Padilla ladea la cabeza y escupe la pieza dental que, huérfana de raíz, deambulaba errante por su boca.

# La flor de la pereza

*Camino vecinal entre Almendralejo y Zafra*

*Provincia de Badajoz*

*18 de abril de 1917, a las 11.15*

Infinidad de partículas de polvo en suspensión cubren las botas de montar que con tanto denuedo ha lustrado hace unas horas. Bien planchado el uniforme de servicio: azul marino con doble hilera de botones dorados, capa de lana; sable de infantería reglamentario al cinto. Bajo el tricorño, Martín Gallardo, teniente de la Guardia Civil destinado en el puesto principal de Almendralejo.

Bautizado igual que su abuelo hace treinta y nueve años en la catedral de Santa María de la Asunción de El Burgo de Osma, cabalga mientras fuma sin quitar la vista del camino. De buena talla, bigote de herradura y espalda ancha, destila la reciedumbre que caracteriza a los que han coqueteado demasiadas veces con la muerte. De inclinaciones maniqueístas, quienes lo conocen dicen que no conviene llevarse mal con él.

Pero bien tampoco.

El galopar de otro caballo le invita a tirar de las bridas de Alarico —hijo de Rocestes, a quien tuvo el honor de montar durante los años que estuvo en el ejército—, al que considera mucho más que su cabalgadura. Martín



Gallardo no se gira, no le hace falta. El recién llegado se coloca a su altura y se aclara la garganta.

—Le pido disculpas, mi teniente. Hasta que no he llegado al cuartel no me han dado el aviso.

Nacido en Santoña pero criado en Madrid capital, el sargento Pacheco podría considerarse su mano derecha e izquierda dentro del cuartel y su único amigo fuera, lo cual no obsta para que se traten de usted cuando están de servicio; es decir, siempre.

—No hay problema.

—La criatura se resistía a salir. Tiene pinta de que va a ser dura de roer, como la madre.

—Como todas las madres. ¿Otra niña?

—Otra.

El teniente Gallardo extiende el brazo y le da un par de palmadas en el hombro.

—Enhorabuena, sargento.

—Se agradece. Cambiando de tema. ¿Ya se ha enterado? Dicen que los americanos por fin entran en guerra para ayudar a sus primos los ingleses. Y más les vale, porque con la retirada de los rusos las cosas no pintaban muy bien para ellos, ¿no cree?

—Mientras no nos afecte a nosotros, yo no creo nada —sentencia—. Ya sabe lo que pienso de esos malnacidos del otro lado del Atlántico.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Si esos cabrones meten el hocico es por interés propio, no para ayudar a los hijos de la Gran Bretaña, que pensaban que iban a doblegar al enemigo en dos semanas. Pretenciosos. Por suerte esta guerra no va con nosotros. A nosotros ya nos tocó tragar más que suficiente...

Se refiere el teniente Gallardo a las penurias que sufrieron los miles de desgraciados que, como él, fueron llamados a filas para tratar de amarrar las posesiones territoriales de ultramar. Colonias que mucho tiempo atrás ya habían dejado de pertenecer *de facto* a una España que

se resistía a naufragar como lo harían sus barcos en Cuba y Filipinas. A partir de entonces será inevitable que ese hado que nació de la ruptura social y política termine convergiendo en una sangrienta guerra entre las dos Españas: la de derechas y la de izquierdas; la conservadora y la liberal; la católica y la anticlerical; la del brazo en alto y la del puño cerrado.

La de vencedores y vencidos.

Derrotados todos.

Pasados unos minutos sin hablar, es el sargento quien decide romper el silencio.

—No es normal este calor a mediados de abril, todavía no son ni las doce y ya hace de verano —comenta, pero no obtiene respuesta alguna de su compañero—. En la comandancia no me han contado nada acerca del asunto. Si me pone al día se lo agradecería bastante.

—El asunto... —repite Gallardo mientras se atusa el bigote de herradura como si necesitara comprobar que, en efecto, está recortado a la perfección.

De improviso, Alarico relincha y se alza sobre los cuartos traseros. Tras un breve forcejeo con el animal, el teniente logra controlarlo.

—Shhh. Tranquilo, chico —le susurra al tiempo que le acaricia las crines—. ¿Qué pasa?

—Allí.

Pacheco señala una víbora enroscada en la mitad del camino. Con calma, el teniente desenfunda el fusil que lleva en la silla de montar, lo carga con pericia accionando el guardamonte y apunta al reptil. Este, desafiante, hace bailar su lengua bífida antes de ponerse en movimiento y perderse entre la escasa maleza que sobrevive a ambos lados del camino.

—Jodidos bichos —dice Pacheco.

Gallardo guarda el fusil, arroja la colilla que sostiene en la comisura de la boca y acaricia el cuello de Alarico.

—Ellos estaban aquí mucho antes de que nosotros

empezáramos a caminar erguidos. La mayoría de los reptiles son más nobles que las personas.

—Mire, ahí no le voy a quitar la razón, pero si le parece lo discutimos en otro momento. Ahora me iba a poner al día del asunto.

El teniente está a punto de reírse. Cuando termina de relatarle los hechos acontecidos en la estación de Zafra, Darío Pacheco se quita el tricornio y se seca el sudor de la frente.

—¿Y qué llevaba el pájaro en la bolsa de viaje?  
—quiere saber.

—Casi mil quinientas pesetas y joyas baratas, pero no nos han requerido para investigar un posible robo.

—¿No?

—No. Supongo que habrá oído hablar de la Viuda, ¿verdad?

—¿Y quién no? La mujer esa de la dentadura de oro que buscaba su quinto o sexto esposo con un anuncio en el periódico.

—La misma, pero solo ha estado casada dos veces. Pues hace un par de noches se produjo un incendio en la hacienda Monterroso que arrasó con todo. Al parecer, el detenido, que era el capataz de la finca, ha confesado haberlo hecho.

—Acabáramos. ¿Y la doña?

—Esa es la cuestión. Que nadie sabe dónde está. No se tienen noticias de ella desde la mañana de antes del incendio.

—No dar señales de vida nunca es buena señal. ¿Y qué ha dicho el capataz al respecto?

—Ha dicho que se vuelva a poner usted el tricornio de una santa vez.

Pacheco obedece sin rechistar.

—El tal Jacinto Padilla asegura que seguía las instrucciones de la señora y que ella misma fue quien le dio el dinero y las joyas. El tipo jura y perjura que eran amantes desde hace tiempo.

—Ya, claro, los Fortunata y Jacinto de Badajoz.

Ahora sí, Martín Gallardo sonrío, visaje poco habitual en él.

—Los compañeros del puesto de Zafra están seguros de que Padilla se ha cargado a la Viuda, pero llevan horas interrogándolo y sigue aferrado a su versión.

—Pues ya debe de tenerlos bien puestos, mi teniente, porque seguro que los compañeros lo han ablandado como corresponde.

—Como corresponde, ¿eh?

El sargento Pacheco no conoce los detalles —puede que nadie los conozca—, pero sí sabe que su superior no es muy partidario de determinadas técnicas de interrogatorio después de haber caído en manos del enemigo y de que los filipinos se ensañaran de lo lindo con él. Dicen que sobrevivió porque tenía el cuerpo tan destrozado que ni siquiera supo morir.

—Mis disculpas.

Martín Gallardo saca un fósforo, lo enciende con la uña del pulgar y prende el cigarro que casi por arte de magia ha aparecido entre sus dientes.

—En el calabozo no lo habrá pasado nada bien, porque, según me han informado, durante la detención ofreció mucha resistencia y uno de los guardias salió mal parado.

—Y eso nunca juega a favor —completa Pacheco.

—No, para nada.

—Lo que no logro entender, y espero no excederme con el comentario, es por qué nos ha caído esto a nosotros.

Gallardo da varias caladas seguidas y retiene el humo en los pulmones durante los segundos en los que en su memoria se produce un salto en el tiempo hasta la tarde anterior.

En la comandancia, como llaman al puesto principal de Almendralejo, un oficial con el que se cruzó en un pasillo lo detuvo de manera amistosa.

—Gallardo, ¿se ha enterado ya de lo de la Viuda?

Lo primero que sintió fue un fuerte pinchazo en los nudillos, que todavía tenía algo inflamados y despellejados, así que no dejó de masajearse los mientras escuchaba lo que le contaba su compañero. Acto seguido apretó el paso para llegar cuanto antes a su despacho. Una vez allí sacó una llave del bolsillo de la guerrera, con la que abrió el último cajón del escritorio; cogió la copia de una denuncia, se sentó y la leyó con detenimiento. Tras evaluar la situación, se levantó como un resorte y fue en busca del comandante Recio.

Las últimas palabras de su superior aún resonaban en su cabeza: «Ya es suficiente, Gallardo. Hágase cargo, pero no me maree más, se lo ruego».

—¿Teniente?

La voz de Darío Pacheco le devuelve a la realidad.

—Nos ha caído porque estábamos justo debajo, sargento. Simplemente por eso —apuntala.

En la plaza Grande de Zafra, un grupo de niños arrodillados sobre el frío empedrado de los soportales juegan a las canicas. Dibujada en el suelo con tiza, la infantil silueta de un pez.

—¡Vamos, Mario, te toca! —apremia uno de los críos.

El aludido no ha cumplido los diez años. Ojos castaño oscuro, piel tostada y pelo rapado con no pocos trasquilones que llegan hasta el cuero cabelludo. Se concentra y toma aire antes de impulsar la canica con el pulgar. Un tintín es la confirmación acústica de la consecución del éxito.

—¡Toma ya! —grita eufórico.

Una de las canicas sale despedida hacia el otro lado de la calle, donde saben que hay una gran alcantarilla. Mario, que no está dispuesto a permitir que se pierda su trofeo, echa a correr detrás de la bola sin pensárselo.

Ni mirar hacia los lados.

Por su izquierda se aproximan al galope dos jinetes cuya trayectoria converge con la de Mario. Cuando este quiere reaccionar, se paraliza al ver un animal de setecientos kilos a punto de arrollarle. Entregado a su suerte, aprieta con fuerza los párpados y oye un relincho agudo, desesperado. Al abrir los ojos se fija en el semblante descompuesto del jinete en su intento de controlar su montura. Reconocer el uniforme de la Guardia Civil le da más miedo que el caballo, por lo que en cuanto recupera el control busca refugio junto a sus amigos.

El de la Benemérita desmonta ante la atenta mirada del hombre que lo acompaña y se dirige hacia el grupo de niños. Cinco chasquidos con los dedos —uno por muchacho— es la secuencia sonora que da pie a sus palabras.

—¡Vosotros! ¡¿No tendríais que estar en la escuela?!

El mayor de todos, en su afán de consolidar su liderazgo, lejos de achantarse lo desafía frunciendo el ceño. El guardia acepta el reto, lo agarra por la oreja, se la retuerce haciendo que el muchacho se gire ciento ochenta grados y le da una patada en el culo.

—¡A la escuela he dicho, cojones!

Derrotado su caudillo, los chicos salen huyendo despavoridos por las calles aledañas.

El teniente Gallardo se sacude y estira el uniforme antes de acercarse caminando hacia la alcantarilla, a escasos centímetros de la cual se ha detenido la caprichosa canica. Amaga con agacharse a recogerla, pero tras reflexionar unos instantes la empuja con la puntera de la bota, provocando que se cuele por una rendija.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —masculla.

De la herida que aún no ha cicatrizado en la ceja derecha se escapa una gota de sangre, que se precipita en un pe-

queño charco formado entre unos pies descalzos, mugrientos.

En los calabozos del cuartel de Zafra, Jacinto Padilla, esposado y en ropa interior, permanece inmóvil sentado sobre un colchón apollado y con visibles manchas de orina. Tiene la camiseta manchada de sangre seca y en los brazos se aprecian cardenales y magulladuras de distinta consideración. En el antebrazo izquierdo luce con orgullo un tatuaje de la Virgen del Rocío, de la que es devoto. El preso, que respira con cierta dificultad, alza la mirada hacia el ventanuco enrejado por el que se cuele la luz exterior, y con la yema del índice se acaricia la cicatriz del rostro. Como si mediante ese gesto se liberaran los recuerdos más húmedos encerrados en su memoria, Padilla se ve penetrando de forma violenta a una mujer que, sentada sobre una paca de paja, gime con frenética intensidad. Las estremecidas facciones del hombre, más cercanas al sufrimiento que al placer, están a punto de desencajarse cuando alcanza el orgasmo y, ya sin aliento, se deja caer de rodillas, desfallecido.

Un ruido metálico le saca de su ensoñación sexual, y al levantar la cabeza reconoce el rostro aniñado del tipo que lo está observando a pesar del aparatoso vendaje que le cubre la cabeza.

Lobito, encolerizado, golpea los barrotes con una porra.

—¡Te estoy diciendo que te levantes y te acerques aquí, hijoputa!

Padilla lo mira, aguarda unos segundos y se incorpora con una forzada sonrisa en los labios. La mirada del guardia se desvía hacia el bulto que destaca en su entrepierna.

—¡Me cago en todos tus muertos! —grita a la vez que extrae unas llaves del bolsillo, dispuesto a entrar en la celda.

Se lo impide un hombre de pelo cano, bigote de mor-

sa amarillado por el tabaco y notable barriga. Se trata de Benito Yáñez, cabo de la Guardia Civil al mando del puesto de Zafra.

—Tranquilo, chico, que este ya ha tenido lo suyo. No lo vayamos a desgraciar antes de que lleguen los de la comandancia.

—¿Vienen de Almendralejo? —pregunta Lobito extrañado.

—¿No te lo han dicho? Un teniente y un sargento, ni más ni menos. En el cable lo dejan muy clarito: a partir de su llegada, ellos se encargarán del sospechoso.

—Como si nos hiciera falta.

Yáñez amaga con darle un puñetazo.

—Tú, a oír, ver y callar. Sobre todo lo último, ¿estamos?

—Estamos.

—Pues arreando. Prepara al prisionero. Adecéntalo un poco, no vayan a pensar que somos unos animales.

—¡Ya están aquí! —se oye gritar a Román Aguado desde otra estancia.

—¡Ponte en marcha, chico! Y tú sin tonterías, ¿eh? —le dice a Padilla.

En el patio del edificio principal, la comitiva de bienvenida la componen los dos miembros de mayor rango: el cabo Aguado y el cabo Yáñez. Ambos se cuadran al unísono cuando los dos forasteros desmontan. Cumplidas las protocolarias presentaciones, Benito Yáñez se arriesga.

—¿Y bien? —suelta—. ¿En qué podemos ayudarlos?

—Agua para los caballos y un lugar donde podamos refrescarnos —contesta Gallardo, seco, directo—. Después interrogaré al prisionero.

Yáñez hace el ademán de agarrar las riendas de los animales, pero enseguida su dueño se lo impide.

—A Alarico solo lo tratamos el sargento y yo —informa Gallardo—. Nadie más. Solo ocúpense de que no les falte comida ni agua.



Los guardias se miran.

—¡A sus órdenes! —contesta Yáñez.

El aseo es un rincón infecto, pero Martín Gallardo agradece poder desnudarse de cintura para arriba y enjabonarse el torso tras casi cuatro horas de trayecto tragando polvo. Frente a él, un espejo resquebrajado refleja una distorsionada imagen de sí mismo que le fuerza a coger la pastilla de jabón y restregarse la cara con saña, como si así pudiera limpiar su conciencia. No lo logra. Como tampoco evita recordar cómo empezó todo.

Aquella mañana, como una premonición, la luz que entraba por la ventana le pareció menos intensa de lo habitual. Siendo un hombre de costumbres, antes de abordar los asuntos pendientes de la jornada prendió un cigarro y dejó que su mente se vaciara de los demonios que acudían a verle cada noche. Se disponía a revisar el primer expediente que tenía sobre la mesa cuando alguien llamó a la puerta. No solía recibir a nadie tan temprano, anomalía que se reflejaba en el semblante del sargento Pacheco cuando le anunció la visita de un viejo camarada.

—¿Un viejo camarada? —respondió extrañado.

A pesar de llevar un elegante traje negro de dos piezas y un ridículo bombín, no le costó reconocer aquel rostro de trazos rectos, tupida barba embetunada y ojos opacos. No supo o no pudo reaccionar durante unos segundos, pero cuando el cigarro se le cayó de la boca y salió del bloqueo emocional en el que estaba sumido, se levantó y se fundió en un abrazo con su antiguo compañero de armas, Sebastián Costa.

La pastilla de jabón se le resbala de las manos temblorosas. Martín Gallardo se las agarra y aprieta con fuerza, como si de ese modo pudiera contener la vergüenza que circula por sus venas.

—Me cago en mi condenada alma.

Es consciente de que son muchas, demasiadas, las escenas con las que va a tener que convivir el tiempo que le quede, y no deja de preguntarse si se librará de ellas cuando llegue al infierno. Porque Jacinto Padilla tiene asumido que más pronto que tarde es ahí donde terminará.

De todas esas imágenes, la que ahora le atormenta es la de la noche en la que le tocó deshacerse del segundo cadáver: un empresario de Cáceres llamado Herminio Montiel. Todavía puede sentir en los hombros y en la espalda la sobrecarga muscular por haber arrastrado el cuerpo por el camino de arena arcillosa que llevaba hasta el pozo; puede percibir el olor que desprendían sus poros, exudando perturbación y miedo; puede ver el haz de luz de la linterna rompiendo una noche cerrada de luna nueva; puede oír sus jadeos, cada vez más intensos, más entrecortados, más angustiados. De todas esas sensaciones, la que recuerda con más intensidad es el alivio que le invadió tras el titánico esfuerzo que tuvo que realizar para arrojarlo dentro.

Empeño que habría de repetir unas cuantas veces más.

Pero hay otras muchas escenas de las que tampoco conseguirá desprenderse. Como la que aconteció la mañana en que uno de los mozos fue a buscarle con el rostro desencajado y le avisó de que algo le pasaba a Marcelino, uno de los cerdos macho, que destacaba entre los demás ejemplares por su tamaño. Cuando llegó a los corrales se lo encontró tumbado de costado, con las fauces abiertas y emitiendo ruidos extraños, agónicos, y se dio cuenta de que algo le estaba impidiendo respirar. Sin pensárselo demasiado, agarró una piedra de buen tamaño, se la introdujo en la boca para que el animal no pudiera cerrarla y le metió la mano hasta la garganta. Allí palpó algo duro, que era sin duda lo que estaba a punto de ocasionarle la muerte a Marcelino. Con absoluta determinación, Padilla lo manipuló para desencajarlo del esófago

y tiró hacia afuera con fuerza. Al instante el cerdo se repuso y se incorporó como si nada hubiera ocurrido, provocando la algarabía de los allí presentes. Cuando el capataz miró el objeto que sostenía en la mano, se horrorizó al comprobar que se trataba de un pedazo de maxilar inferior humano. Un fragmento de mandíbula que bien sabía él a quién pertenecía. No en vano había sido Padilla quien le había pegado dos tiros por la espalda, le había robado el dinero que traía, lo había descuartizado para echárselo a los marranos y había quemado su ropa. De aquel pobre desgraciado no había quedado ni su ridículo bombín.

Muchos pensarán de él que había perdido el juicio para terminar cometiendo tantas atrocidades, pero solo Jacinto Padilla sabe que siempre estuvo en sus cabales y que, si en algún caso enloqueció, fue la pasión descontrolada lo que le llevó a convertirse en lo que es hoy.

Aunque quizá fuera la lujuria.

Poco importa ya.

Lo único que le impide terminar con su sufrimiento reventándose la cabeza contra la pared es la necesidad de averiguar que ella está sana y salva.

—Vamos, tú, espabila, que unos amigos tuyos han venido a verte —oye.

De nuevo el guardia al que todos llaman Lobito reclama su atención. Apretando los dientes, el detenido se incorpora y avanza hacia la reja.

—¿Qué amigos?

—Unos que vienen de la comandancia de Almendraejo y que no tienen pinta de conformarse con la sarta de mentiras que nos has contado a nosotros. Porque, como ya sabes, la Viuda sigue sin aparecer. Saca las manos.

El prisionero obedece y Lobito lo esposa sin dificultad.

—Ahora podría devolverte la paliza, hijo de puta, pero la diferencia entre tú y yo es que tú eres un criminal

y yo soy un hombre de honor. El honor es mi principal divisa —enfatisa repitiendo el primer dogma del reglamento dictado por el duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil.

—No sé qué es eso de *divisa*, pero sí que el otro día tu honor estaba por los suelos —se mofa Padilla.

El rubor que nace de la ira colorea la cara del guardia.

—No sabes las ganas que tengo de verte muerto, desgraciado.

Padilla sonrío y saca la lengua por el espacio libre que ha dejado el incisivo que le falta.

—No más que yo, muchacho, no más que yo.

Las manchas de humedad y los grandes desconchones dominan en las cuatro paredes que conforman el cuartucho de cinco metros de largo por tres de ancho al que Yáñez se refiere con orgullo como «sala de interrogatorios». En el suelo, sin embargo, solo hay salpicaduras de sangre. Una bombilla que se descuelga del techo cual araña de luz furibunda, una mesa de campo y dos sillas de madera devoradas por la carcoma completan el escenario.

Desde la puerta, sin ocultar la repulsión que le produce, Martín Gallardo examina el entorno mientras escucha hablar al cabo Yáñez.

—Ese maldito cabrón los tiene bien puestos. Tanto que he estado dudando si debía cortarles los huevos para colgarlos del mástil de la bandera o guardarlos en formol para la ciencia.

Por la pétrea expresión de Gallardo, el cabo entiende que la broma no ha causado ningún efecto.

—No ha soltado prenda sobre el paradero de la Viuda —continúa Yáñez— o dónde demonios está su cuerpo, y eso que nos hemos empleado a fondo para darle lo suyo. Claro que, viendo cómo están sus nudillos, supongo que ya sabe de qué le hablo...

El teniente le retira la mirada.

—Gracias, cabo. Ya sé lo que necesitaba saber. Puede usted retirarse.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. El sargento Pacheco y yo nos hacemos cargo del interrogatorio a partir de ahora.

Benito Yáñez, beligerante ante la presencia de su subordinado, se niega a dar su brazo a torcer.

—Es mi obligación decirle que eso va contra lo establecido en el procedimiento.

—Dicho queda —contesta el otro con cáustico sosiego—. Por cierto, voy a necesitar tabaco y una botella de algún licor fuerte.

—Con todos mis respetos, teniente, creo que se equivoca conmigo. No tiene derecho a apartarme así porque sí. Y déjeme que le diga que si no es por mí no sabríamos nada de...

Anticipándose a la reacción de su superior, el sargento Pacheco resopla a la vez que niega con la cabeza. Tal y como había previsto, el teniente Gallardo se aproxima a Yáñez.

—Lo único que usted sabe es lo que él le ha querido contar para que dejara de golpearle, que es lo mismo que decir que no tiene la menor idea de nada —sentencia endureciendo el tono.

El cabo parece querer añadir algo, pero solo lo parece.

—Tráigame lo que le he pedido. Es urgente. Luego, le ordeno —enfatisa— que se desplace a la hacienda Monterroso con algunos de sus hombres y se asegure de que los vecinos de la zona no se llevan hasta las cenizas.

Yáñez se cuadra. Los botones de la guerrera están a punto de saltar por los aires.

—¡A sus órdenes, mi teniente! —vocea.

Gallardo espera a que se marche para encender un cigarro.

—Es un zoquete, pero nos puede servir —interviene Pacheco.

—Es posible, pero resulta que antes he bajado a ver al detenido al calabozo. Está hecho un guiñapo. Ni siquiera se ha percatado de mi presencia.

Pacheco frunce los labios.

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Puede.

—Creo que, aunque uno se empeñe, las cosas no pueden cambiarse de la noche a la mañana.

—Las cosas solo pueden cambiarse si uno se empeña en que las cosas cambien.

Camina cabizbajo, encogido. Esposado con las manos por delante, Jacinto Padilla avanza a trompicones por un estrecho pasillo que desemboca en las escaleras que conectan con la planta superior. A su espalda, Lobito se divierte empujándolo cada pocos pasos.

—Vamos, tira, que no tenemos todo el día.

—Me estoy meando.

—Pues te lo haces encima.

Padilla se da media vuelta.

—Te digo que me meo.

—¡Y yo te digo que...!

Suena como una rama seca al partirse.

La cabeza golpea la nariz de Lobito, que, medio noqueado, intenta sin éxito mantener la verticalidad aferrándose al vacío que lo envuelve. Un segundo después, en el suelo panza arriba, el guardia civil boquea. Teniéndolo a su merced, el detenido se siente tentado de aplastarle la cara a patadas, pero decide agacharse y arrebatarse —por segunda vez— el revólver que lleva en la funda del cinturón.

Enseguida traza la ruta de huida, que consiste en recorrer en sentido contrario el itinerario que guardó en su memoria el día anterior.